



Sin título, sobre las características del sistema capitalista y los beneficios de las utilidades

Manuel Espinosa Yglesias

Autor: Manuel Espinosa Yglesias
Tipo de documento: discurso
Título: Sin título, sobre las características del sistema capitalista y los beneficios de las utilidades
Fecha: ca. 1957
Lugar: sin especificar
Audiencia: Club (no especificado)
Clave de clasificación: II.A.3.a/1957-2
Caja: 36
Palabras clave: capitalismo, utilidades, clubes de servicio.

Agradezco su invitación para dirigirles unas palabras. Clubes como el que ustedes tan dignamente representan desempeñan un papel de importancia en el progreso de cualquier país. Alientan la unión de elementos usualmente heterogéneos; despiertan un nutrido intercambio de ideas, un diálogo persistente y fructífero; desarrollan, en fin, una profunda conciencia de servicio a la comunidad y de mejoramiento general. Los felicito muy sinceramente por estos esfuerzos.

En esta ocasión quiero hacer algunas reflexiones sobre la conveniencia de ampliar esta comunicación, este diálogo, en escala nacional. La realidad es que nosotros los empresarios todavía no hemos sabido explicar y justificar ante el grueso de la población las funciones que nuestro sistema económico nos ha asignado. Resulta curioso que un régimen que descansa en buena parte en campañas sólidas de ventas, no haya sido capaz de venderse a sí mismo con éxito. Y no es que falten argumentos de venta; la libre empresa ha permitido a los países avanzados alcanzar niveles de bienestar insospechados, e incluso naciones como México, que no hace mucho todavía se debatían en una pobreza inmisericorde, han logrado avances impresionantes en unos cuantos lustros, gracias al dinamismo del sistema. Lo que ha pasado es que los empresarios, en parte quizás porque hemos creído que las bondades del régimen son muy evidentes, nos hemos dedicado a otras tareas. Sin embargo, el funcionamiento del sistema capitalista es complicado. Por lo pronto, no pretende resolver todo el problema que aqueja a una sociedad determinada. Su papel radica en elevar la producción, y hacerlo con eficiencia. Constituye el medio más adecuado de que se dispone para elevar el nivel de vida de la población, dentro de un marco de libertad y de cierta autodeterminación. Pero para ello supone, claro está, que se sigan algunos caminos que aseguren las metas establecidas; es decir, que el juego se realice de acuerdo con las reglas. Es aquí, donde nuestra actuación ha sido deficiente. Todos quieren el progreso, pero en ocasiones repudian los medios para alcanzarlo. No comprenden que eliminándose los medios, el fin se hace inalcanzable. Y no lo comprenden porque nosotros no los hemos instruido; la ignorancia nos hace entonces una mala jugada.

Permítanme referirme brevemente a un caso que ejemplifica estas actitudes: el de las utilidades. Hay otros muchos, sin embargo.

Todos ustedes conocen el papel y la importancia de las utilidades. No obstante, muchas veces he quedado sorprendido de lo difícil que es convencer a la mayoría de la gente sobre ese punto. Para muchos, la existencia de utilidades altas es casi un pecado que no debe tolerarse. No paran a reflexionar que esto comúnmente es reflejo de la actuación de un empresario exitoso y que estos elevados niveles de beneficios casi siempre provocan nuevas inversiones o promueven aumentos de eficiencia de las plantas competidoras. El pecado, creo yo, estriba no en tener utilidades altas, sino en tenerlas bajas. Situaciones como ésta, todos lo hemos pal-

Sin título, sobre las características del sistema capitalista y los beneficios de las utilidades
Manuel Espinosa Yglesias • ca. 1957

pado, anquilosan la inversión y provocan estancamientos de la actividad económica. Es con esta idea en mente con la que yo he reiterado repetidamente que son las utilidades el elemento principal que conduce hacia el progreso y que alienta a los sectores empresariales.

Lo malo es que argumentos como éste con frecuencia se asocian con el ambicioso capitalista, siempre ávido de riqueza y de poder económico. Así se creyó, por ejemplo, en la Unión Soviética, país donde por muchos años las utilidades se consideraron como un nefasto invento de las sociedades capitalistas. Se le quitó así al sector empresarial socialista, o mejor dicho, a los gerentes de empresas estatales, no solamente el incentivo básico para elevar la eficiencia y mejorar los sistemas de producción, con lo que el sistema económico trabajó por largo tiempo con desperdicios y, por así decirlo, a la sombra, sino también se le quitó la posibilidad de medir la eficiencia del mismo gerente. A últimas fechas los soviéticos han reconocido su error y han empezado a dejar que las utilidades y el sistema de precios desempeñen su papel director en la asignación de recursos. Esto, claro está, no es un triunfo del capitalismo sobre el socialismo, es sencillamente un triunfo de la eficiencia sobre el desperdicio.

La obtención de utilidades altas entraña, sin embargo, una concentración de recursos en manos de unos cuantos. En el capitalismo son los empresarios particulares; en el socialismo, es el estado. Si en ambos sistemas estos recursos se utilizaran eficientemente, no habría más que una diferencia de forma entre ambos; los dos serían igualmente idóneos para generar aumentos de los niveles de vida de la población. El problema es que en ninguno de los dos se emplean en forma óptima. En el socialismo prevalece una centralización casi absoluta de las decisiones de inversión y esto involucra desperdicios. A veces me maravilla cómo alguien puede pretender que la economía de cualquier país se pueda dirigir casi totalmente desde un cuerpo centralizado.

No obstante, al capitalismo se le achaca, y no sin cierta razón que aun cuando tiene a su favor la descentralización de las decisiones de inversión, actúa en su contra el que parte de los recursos acumulados por los particulares se desvíen a gastos suntuarios. Estos gastos son en realidad pequeños en relación con el producto que generan, pero ello no quita que el derroche sea un problema. Aun así no creo que se pueda comparar con el desperdicio y la falta de eficiencia que arrojan algunas empresas estatales.

Estoy convencido que en el régimen de libre empresa la vida le juega al capitalista una pesada broma. Preguntémosle a un joven de 20 años qué es lo que más ansía en la vida y la respuesta casi universal será: «Una renta mensual de x pesos, y no trabajar». Sin embargo, empieza a trabajar, empieza a servir. El goce material se va transformando y se convierte en un verdadero empresario que pospone el goce de su dinero para tiempos mejores. Mientras tanto, la vida transcurre. Al que soñó acumular dinero para lujos, ya no le interesan, los ve demasiado pequeños; al que soñó viajar y gozar de los mejores manjares y vinos del mundo, se da cuenta de que ya no le ayuda ni el estómago, ni el hígado, ni el gusto; el que soñó, y esto lo planteo con respeto a las señoras, con algunos otros placeres más mundanos, se da cuenta de que el único atractivo poderoso de que disfruta, es el cariño de su esposa y el respeto de sus hijos.

Todo esto no significa que el gasto suntuario deba permanecer impune. A

pesar de que no constituye un desperdicio total, puesto que éste también crea empleos y eleva la producción. En la mayoría de los casos no es una utilización óptima de los recursos. Debe, pues, de desalentarse a través de un sistema impositivo que grave los lujos. Recuérdese que aquí no sólo operan consideraciones de eficiencia. En un país como el nuestro la existencia de diferencias marcadas en los patrones de consumo de las diversas capas sociales puede provocar malestar y desasosiego.

La unión hace la fuerza y unidos podremos convencer al pueblo de la ruta que hay que seguir y de los instrumentos que hay que utilizar para que progrese rápidamente. Tenemos que hacerle entender que la justicia social no consiste en repartir lo que no se tiene, sino en elevar, mediante la acumulación de capitales, la riqueza de nuestro país. Comprendo la dificultad de transmitir estos mensajes; no son fáciles de entender. Sin embargo, hay que hacerlo. Gentes de mucha talla intelectual han fracasado en sus intentos por comprender la realidad económica. Salvador Díaz Mirón, por ejemplo, dijo en cierta ocasión: «Nadie tendrá derecho a lo superfluo, mientras alguien carezca de lo estricto». Con todo el respeto que este ilustre poeta me merece, creo que es lo superfluo lo que ha movido el progreso industrial de los últimos decenios. Hace cincuenta años poseer un automóvil era poseer algo superfluo. No obstante, este deseo inicial fue el que dio lugar a una de las industrias más poderosas del mundo, que emplea a cientos de miles de trabajadores y que constituye una de las fuentes principales de demanda de multitud de industrias conexas. Lo que es más, el automóvil ha dejado de ser superfluo y ahora es necesario. Cosa semejante ha sucedido con infinidad de productos, y seguirá sucediendo. El deseo de lo superfluo es necesario y está muy arraigado en la naturaleza humana; con ello se ha movido al mundo. Tratemos de que este deseo siga lo mejor encauzado que sea posible para el beneficio de todos.

MUCHAS GRACIAS